

de Luis era muy dueño de efectuarlo; que todos sus hermanos podían dejar los tronos que les había dado; que no le hacían falta alguna; que esta misma conducta por parte de ellos simplificaría muchos asuntos de Europa; que, sin embargo, hasta entonces eran, no sólo reyes, sino generales bajo su mando, y que no creía que desertaran de su puesto sin darle aviso, sin que precediera autorización suya; que si José se presentaba en Bayona sin este preliminar indispensable, sería preso. Tales eran las primeras explosiones del vivo enojo de Napoleón: pasado este instante, se había venido á parar por mediación del príncipe Berthier á explicaciones más precisas y sosegadas. Ante todo dijo José que era menester que se respetara en su persona al hermano del emperador y al rey de España; que no se permitiera á los generales tratarle como le trataban con el último desprecio; que además estaban divididos entre sí y sacrificaban á sus rivalidades la sangre de sus soldados; que si se quería restituírle la dignidad correspondiente, establecer unidad en las operaciones militares, impedir los desmanes y los saqueos, forzoso era investirle con el mando superior, bien que le nombraran por jefe de estado mayor un mariscal de confianza y le remitieran de París las órdenes á las cuales se atendería escrupulosamente; que convenía no dejar en las provincias más que lugartenientes hábiles y probos, como en el ejército francés los había, y á menudo muy superiores á los mariscales que les tenían bajo su mando; que no era menos urgente, si se quería atajar la exasperación de los españoles, renunciar al sistema devastador de alimentar la guerra con la guerra; que en vez de pretender sacar dinero de España, se debía empezar por enviarlo, pues más adelante se reembolsaría abundantemente lo que se anticipara; que si se le otorgaba un subsidio de tres á cuatro millones de francos mensuales, tendría funcionarios bien retribuidos y leales, un ejército español muy adicto y más idóneo que los franceses para la represión de las partidas; que hasta tendría á su servicio á parte de estas bandas, que se pasarían á sus banderas, estando seguras de la paga; que si se prefería un préstamo al subsidio, él se comprometía á pagarlo dentro de pocos años; que por cada millón que se le anticipara daría mil hombres de tropas francesas; que si además se quería pagar á éstas, alimentarlas con auxilio de almacenes, emplearlas sobre todo en expulsar á los ingleses y tranquilizar á los españoles en punto á la conservación de las provincias del Ebro, se vería cómo se formaba en Madrid y sus contornos una región de calma y apaciguamiento, que iría cundiendo de la capital á las provincias, y que antes de mucho, sumisa España, restituiría á Francia sus ejércitos y tesoros, y soportaría segunda vez la política de Luis XIV en ventaja de ambas naciones; que, por el contrario, si se persistía en el actual sistema, España sería el sepulcro de los ejércitos de Napoleón, la confusión de su política, quizá hasta el término de su grandeza y la ruina de su familia.

Todas estas alegaciones eran verdaderas, salvo algunos errores, que debían servir de pretexto á Napoleón para negarse á las solicitudes mejor fundadas. Lo que acontecía en Aragón y alrededor de Madrid suministraba la prueba de que se había llegado á un momento favorable para sojuzgar á la España agotada, pues ex-

pulsados los ingleses, debía perder toda esperanza, y unida la fatiga á este desengaño, al restablecimiento de la disciplina y á la supresión de sus devastaciones, no parecía ilusorio creer que los españoles depusieran al fin las armas. También lo que se veía en Madrid autorizaba á suponer que con algunos millones se podía crear una administración con personal adicto al nuevo orden de cosas y un ejército español y bueno para el orden interior. Sin mover á Napoleón de su puesto, lo cual era difícil, se podía suplir su presencia con un jefe de estado mayor inteligente y firme, tal como el general Suchet, por ejemplo: dando á éste una autoridad absoluta sobre los demás generales, tropas en número suficiente y dinero, cabía que conquistara á Cádiz y pacificara la España, al modo que logró muy en breve conquistar á Tarragona y pacificar á Valencia; que dejando fuera de su dirección una operación sola, la de expulsar á los ingleses, se le confiase á Massena, proporcionándole un ejército de cien mil hombres y medios de transporte bastantes, y no hay duda que el prudente Suchet y el enérgico Massena se hubieran entendido, y que, reunido el genio de ambos, se terminara la cruel guerra que, mal dirigida, iba á ser el abismo donde se hundieran muy pronto la fortuna de Napoleón y la de Francia. Pero era un error de José creer que sólo necesitaba millones de francos y no miles de hombres, pues le hacían falta dinero y soldados; era ilusión suya creer que podía ejercer el mando con un jefe de estado mayor complaciente, pues hubiera tenido que acomodarse á un verdadero jefe de ejército, á un jefe como el general Suchet, hábil para mezclar la guerra cuerdamente dirigida á la administración recta y á la política conciliadora; hubiera tenido en suma que acomodarse á un Vendome, es decir, á Massena, haciendo la guerra á los ingleses para expulsarlos, mientras Suchet la hiciera á los españoles para sojuzgarlos y atraerlos.

Había, pues, mucha verdad y algo de error en el sistema de José, y esto bastaba para que Napoleón tornara á comenzar sus implacables burlas contra las pretensiones de su hermano (1), para que repitiera, como lo había dicho tantas veces, que José se empeñaba en tener el mando, que se creía general, que se figuraba que para serlo bastaba no estar desprovisto de talento, montar á caballo y hacer algunas señales de mando; que sin embargo se engañaba mucho; que podía suceder así respecto de muchos generales estúpidos puestos al frente de los ejércitos para su baldón y ruina, pero no de generales verdaderamente idóneos para guiar soldados; que para mandar era menester reunir á una inteligencia vasta y profunda un gran carácter, un trabajo obstinado y una atención continua á los más mínimos detalles; que él tenía los estados de sus tropas sobre su mesa y los tenía siempre; que éstas eran sus lecturas

(1) Tampoco aquí forjó discurso á mi antojo. Cuando Mr. Roederer volvió de Madrid tuvo Napoleón con él conversaciones chispeantes de talento y de genio, en las cuales dijo más injuriosamente y más á la larga lo que vamos á presentar en compendio. Mr. Roederer, que escribía cotidianamente cuanto veía y oía, trasladó al papel estas conversaciones en el momento en que se verificaron, y cotejándolas, gracias á habérmelas proporcionado su familia, con las cartas de Napoleón, podemos puntualizar las ideas de éste. Además hizo escribir á Mr. de Laforest, nuestro ministro en Madrid, las más de estas cosas. (N. del A.)

favoritas; que al acostarse los dejaba á alcance de su mano, y de noche los hojeaba cuando no dormía; que gracias á esta disposición natural de espíritu y de carácter, á esta aplicación incesante, á una experiencia inmensa, podía mandar y ser obedecido, porque tenían confianza en él sus soldados; pero que á José no le había hecho Dios general; que era afable é ilustrado, pero indolente; que necesitaba placeres y poco trabajo; que los hombres adivinaban instintivamente estas disposiciones, y si se le confiaba la dirección de los ejércitos franceses, nadie se creería mandado por tal caudillo; que detrás de él se vería siempre al oficial encargado de aconsejarle, y que nadie obedecería porque se reirían del rey general y se tendrían celos del general que ejerciera realmente la autoridad suprema; que de consiguiente nada más podía conferírle que el mando del ejército del centro, extendiendo su acción á veinte ó treinta leguas de Madrid; que lo que es dinero no tenía, y sus hermanos no cesaban de pedirle á pesar de reinar en los países más ricos de Europa; que España tenía bastante para suministrar á todo el mundo; que si José sabía administrar, hallaría recursos de sobra; que bien había sabido proporcionarse dinero para darlo á sus favoritos, para construir residencias reales y para ostentar un lujo inútil según el estado de sus negocios; que si España padecía, infortunio era contra el cual no tenía remedio; que también padecían los soldados franceses, y que la guerra era guerra; que si los españoles estaban cansados de padecer, no tenían más que rendirse; que eran ridículas las pretensiones de José respecto de la bondad y el arte de seducir á los pueblos; que no lo era menos la esperanza de hacer con millones de francos lo que no hacía con miles de hombres; que si le enviaba dinero y retiraba las tropas, muy pronto el dinero sería comido y José llevado con su corte vergonzosamente á Bayona por algunas bandas armadas; que se necesitaban muchos soldados, mucha energía y hasta terror para vencer la resistencia de España; que el terror produciría la sumisión, y que, efectuada ésta, se seguiría la buena administración debida á todos los pueblos; que unida España á su nuevo rey por estos medios, sería llegada la hora de que José se hiciera adorar, si era tan hábil como presumía, etc.

No mirando Napoleón sino por el lado ridículo las pretensiones de su hermano, no respondía de buena fe, pues era sobrado perspicaz para no conocer lo que había de verdad en lo que se le ponía de manifiesto; pero no podía cambiar de sistema, ni conceder á la guerra de España lo que se había puesto en la necesidad de dedicar á la guerra de Rusia; de consiguiente quería seguir sosteniendo la guerra de España poco más ó menos con los mismos recursos, esperando que con exigir mucho de los hombres harían quizá como el caballo á quien se obliga, y darían más de lo ordinario; que con menos recursos se triunfaría más lentamente, pero se triunfaría al cabo, y que en todo caso, si no se triunfaba, triunfaría él por todos, y que sus victorias á orillas del Boristenes suplirían á las que no se alcanzarán junto á las márgenes del Tajo. ¡Pensamiento funesto, nacido en su mente por hallarse á distancia de los lugares sobre los cuales versaban sus ratiocinios y del aturdimiento algo voluntario de su harto grande fortuna!

Siendo tal la disposición de ánimo de Napoleón, el viaje de José, realizado para persuadirle de lo indispensable de adoptar otra conducta respecto de España, no debía producir ningún resultado, pudiendo á lo sumo proporcionar algunos paliativos que nada alteraran lo substancial de las cosas. Pasados los primeros arreglos, Napoleón, que no era duro sino de pronto y que por otra parte quería á sus hermanos, se acomodó á ciertos cambios más bien de forma que de esencia. Siempre quedó José reducido al mando del ejército del centro, aunque ejerciendo la autoridad civil, judicial y política en todas las provincias. A los generales ordenó que le respetaran como rey y como soberano, cuyas provincias estaban ocupadas temporalmente por las necesidades de la guerra. Sólo si José tenía la tentación, poco probable, de ir adonde se hallara cualquiera de los ejércitos de la península, se le reconocería por jefe. Además, reconociendo la utilidad de acrecentar su influencia sobre las provincias del Norte, por entre las cuales pasaba la línea de comunicación con Francia y donde había muchas gentes cansadas de sufrir y dispuestas á rendirse, ofreció Napoleón á José que el mariscal Jourdan iría en reemplazo del mariscal Bessieres, duque de Istria. Toda la dificultad estribaba en inducir al mariscal Jourdan á volver á España y á recibir un cargo de Napoleón, por quien no era amado y á quien no amaba, rechazando su immoderado sistema en todo.

Relativamente á dinero, José hubiera necesitado para pagar á sus empleados en la capital y en las provincias del centro, para proveer á los gastos de su casa y de su guardia española, cuatro millones mensuales, y esto sin prodigalidad, pues ya nada le quedaba del papel del Estado que había tenido á su disposición á los principios de su reinado, y del cual había destinado algunas partidas (á decir verdad poco importantes) á sus hechuras y á una de las residencias reales. Una vez se vió obligado á vender la plata de su capilla para pagar su casa. De los cuatro millones mensuales que le hacían falta, apenas recibió uno, viéndose reducido á los arbitrios de Madrid por toda renta, y faltándole de consiguiente cuatro. Napoleón consintió en otorgarle un subsidio de un millón al mes y en cederle la cuarta parte de las contribuciones impuestas por los generales en todas las provincias de España. Con esta cuarta parte debía bastar al parecer para completar los cuatro millones de que José tenía necesidad imprescindible. Pero, dejando á menudo los generales sin sueldo á sus tropas, y costándoles el mayor trabajo abrir paso á un correo, ¿qué probabilidad había de que quisieran distraer millones de sus cajas y pudieran despacharlos por medio de España? En rigor, el general Suchet podía hacerlo, aunque después de sustentar ampliamente á sus soldados necesitara dedicar el remanente de las rentas del país á las necesidades de su provincia: lo podía hacer, sin embargo, y se verá que lo hizo en efecto, pero é l solo, porque ninguno de los demás quiso ni pudo (1).

Sea como quiera, éstos fueron los recursos rentísticos con que se gratificó á José. Respecto de la integridad territorial de España, hizo uso Napoleón del lenguaje más evasivo. Dijo á José que deseaba mucho dejarle su

(1) Todo esto está extractado de la correspondencia del mismo José con el príncipe Berthier y con Mr. de Laforest.

reino tal como era, si bien había necesidad de intimidar á los españoles, inspirándoles el temor de perder algunas provincias si persistían en la resistencia, y que por lo demás Francia, si la guerra llegaba á ser más larga y más costosa, quería naturalmente una indemnización de sus sacrificios. Hasta le aconsejó que, lejos de procurar que se tranquilizaran los españoles, debía más bien valerse de este temor como un recurso; recurso bien extraño para con gentes que más necesitaban ser aplacadas que asustadas. A mayor abundamiento, no queriendo que se renovara otra escena de familia con el rey de España como la ocurrida con el de Holanda, que tuviera una abdicación por desenlace, Napoleón procuró dulcificar las penas de José, animarle, darle esperanzas: le dijo que enviaba á la península una reserva imponente, que después de haber tomado Suchet á Lérida, Mequinenza y Tortosa, se apoderaría de Tarragona y de Valencia; que, terminada esta conquista, se podría llevar un ejército al Mediodía; que entonces el ejército de Andalucía podría dar ayuda al de Portugal, actualmente ocupado en reorganizarse, y que uno y otro, aumentados con la reserva que estaba pasando á la sazón los Pirineos, volverían á empezar por otoño una campaña contra los ingleses, que sería más feliz que la anterior según todas las probabilidades; que así dentro de breve plazo podría ser la península conquistada; que por sí mismos cesarían los mandos militares; que entonces volvería José á poseer la plenitud de la autoridad real para ejercerla como le pareciese; extrañas y funestas ilusiones, que Napoleón acariciaba sin duda, pero no tanto como decía, porque en su sentir la España importaba poco, y todo lo que no saliera bien al Mediodía del continente, hallaría su reparación en el Norte.

Aunque disgustado José de este trono, donde sus ojos no veían más que espantosas miserias, no queriendo tampoco una escena de familia, de cuyas resultas abandonara nuevamente Napoleón á uno de sus hermanos y volviera él á la vida privada, de la cual amaba la calma, pero no la modestia, pagóse de lo que se le ofrecía y tomó la vuelta de España, menos apesadumbrado sin duda de lo que fué, bien que poco alentado con las promesas de Napoleón, vagas hasta lo sumo.

Al cruzar Vitoria, Burgos, Valladolid, halló á los habitantes más infelices aún de lo que les había dejado; nada que les tranquilizara pudo decirles sobre las provincias del Ebro ni sobre los demás asuntos de sus preocupaciones habituales, les dió no más que lo que á él se le había dado, promesas insignificantes, y para librarse de cuestiones inoportunas, aceleró su viaje á Madrid, donde había empeorado todo desde su partida. La única ventaja real traída de París era la promesa de un millón mensual en metálico enviado de Francia. Dos de estos millones habían ya vencido: uno se había consumido en París en gastos de representación y de viaje, otro debía llegar con los convoyes militares, y no había llegado: la cesión hecha á José de la cuarta parte de las contribuciones impuestas por los generales no podía pasar de una quimera, y, como de costumbre, no le quedaban más que los arbitrios de Madrid cada día más mermados. Así la casa real, la guardia española, los empleados no habían recibido un maravedí durante la ausencia de José. Para colmo de desventura la horrible sequía que tan mala cosecha produjo en todo el conti-

nente, se hizo también sentir en España, y el pan en Madrid estaba tan caro que reducía al pueblo á una verdadera hambre. De suerte que José no regresó á su capital más que para presenciar el espectáculo más aflictivo. A París comunicó sus penas en términos más amargos aún que los que rebosaban en su correspondencia anterior á su viaje. Pero ocupado entonces Napoleón en el objeto que absorbía su atención toda, no quería oír cosa alguna, y el único recurso que pensaba conceder á la España, se reducía á la reserva de Italia, en marcha ya hacia los Pirineos.

Siendo tal el estado de las cosas, lo mejor fuera emplear esta reserva en consolidar la posición de los franceses y en formar, reuniéndola al ejército de Portugal, una masa capaz de contener á los ingleses, de disputarles alternativamente Badajoz ó Ciudad Rodrigo, y de impedirles hacer en la provincia progreso alguno, mientras Napoleón resolvía en el Norte todas las cuestiones que había trasladado á aquel punto. La fatal expedición de Andalucía, que el mariscal Soult había deseado tanto para borrar el recuerdo de la de Oporto, y José para extender su autoridad real á un país nuevo que nos había frustrado la toma de Cádiz y de Lisboa por Badajoz, cuya conquista no decidía nada, que nos había hecho descuidar el objeto principal de esta guerra, dispersando inútilmente los ochenta mil hombres que hubieran bastado para expulsar á los ingleses, nos hubiera debido servir de lección, y ya que no se retrocediera de Andalucía á la Mancha, lo cual de cierto fuera más prudente mientras Napoleón iba á engolfarse por el Norte, se necesitara contenerse en el límite del país conquistado y establecerse allí sólidamente. Hubiera podido el general Suchet conservar á Aragón y hasta tomar á Tarragona, de donde sacaba sus recursos la insurrección de Cataluña: hubiera podido el mariscal Soult, sin apoderarse de Cádiz, conservar la Andalucía: finalmente, el ejército de Portugal, reforzado con la reserva ya en marcha, hubiera podido seguir todos los movimientos de lord Wellington sobre Ciudad Rodrigo ó Badajoz para frustrarlos. Pero Napoleón no lo entendía de este modo: juzgando siempre las cosas desde lejos; suponiéndolas como le placía imaginarlas; creyendo que José pedía dinero no más que para disiparlo, que sus generales no pedían refuerzos más que por la costumbre de pedir siempre más de lo que les hacía falta, se había persuadido de que, cediendo al general Suchet parte de la reserva, éste se hallaría en proporción de conquistar á Valencia, luego de tomada Tarragona, y que, después de conquistada Valencia, le sería fácil adelantarse hasta Granada, y que desembarazado así el mariscal Soult por esta parte quedaría libre para trasladarse á Extremadura, y que unido al ejército de Portugal, reforzado con el resto de la reserva, podría contribuir á arrollar á los ingleses hacia Lisboa. Como Napoleón no pensaba llamar á la guardia ni á los polacos hasta entrado el invierno, creía que llegando la reserva á España á principios de verano habría tiempo durante el otoño de adelantar mucho los negocios de España y de conquistar casi toda la península, excepto Portugal, antes que él partiera para Rusia. Tales fueron las nuevas ilusiones sobre las cuales fundó el plan de operaciones para fines de 1811.

Pero mientras llegaba á España la reserva y el general

Suchet trataba de apoderarse de Tarragona, situado el mariscal Soult en Llerena á la vista de Badajoz, pedía auxilio para salvar esta plaza que se hallaba á punto de sucumbir á pesar de su heroica defensa.

Compañero de armas generoso el mariscal Marmont, y anheloso además por distinguirse á la cabeza del ejército de Portugal, nada perdonaba por volar en socorro de Badajoz. Aun cuando Napoleón le hubiese encargado especialmente que no emprendiera cosa alguna hasta que su ejército se hallase repuesto, medianamente equipado y provisto de caballos, no vaciló en emprender la marcha tan luego como satisfizo las necesidades más urgentes de los soldados. Sabiendo que, unido al mariscal Soult, sería siempre numéricamente fuerte de sobra, cuidóse más de la calidad que de la cantidad de las tropas que llevaba consigo. A setecientos hombres hizo subir cada uno de sus batallones, haciendo ingresar en ellos lo mejor de los cuadros, y dejando los cuadros vacíos en Salamanca para que allí se rehicieran con los enfermos restablecidos y los reclutas que fueran llegando de Francia. Así redujo su ejército, que después de la batalla de Fuentes de Oñoro no pasaba de cuarenta mil hombres, á unos treinta mil combatientes, tres mil de ellos de caballería. Con los caballos que pudo proporcionarse reunió tiros para treinta y seis bocas de fuego. Poco era, pero no se podía más en el estado de las cosas. Suprimió la distribución en cuerpos de ejército, buena bajo Napoleón, que podía confiarlos á mariscales y hacerse obedecer de estos grandes dignatarios; pero mala, embarazosa, poco manejable para un simple mariscal que sólo tenía á su disposición unos treinta mil hombres. Se substituyó la formación en divisiones y confiálas á los mejores lugartenientes generales; no conservó más que á Reynier de los antiguos jefes de cuerpo, á fin de tener en caso necesario un lugarteniente capaz de suplirle; dió además licencia á todos los oficiales cansados ó de mala voluntad, y después de dar algo de disciplina y de vigor físico á sus tropas con un mes de descanso y buen alimento, determinó responder á las apremiantes instancias del mariscal Soult y ejecutar su movimiento sobre Extremadura, bajando por el puerto de Baños al Tajo, cruzando el río por Almaraz y adelantándose por Trujillo al Guadiana. Previendo el trabajo con que habría de vivir en el empobrecido valle del Tajo, sobre todo en el mes de junio, hizo que se pidiera al Estado mayor de José el envío por el Tajo á Almaraz de tres á cuatrocientas mil raciones de galleta, con un tren de puente, que sabía que se guardaba en Madrid, á fin de que no lo tuviera el río.

Tomadas estas precauciones, recurrió á una estrategia para deslumbrar á los ingleses y detenerlos delante de Ciudad Rodrigo, mientras marchaba á Badajoz. Con este designio dispuso que se prepararan algunos víveres como si quisiera únicamente avituallar á Ciudad Rodrigo y se trasladó allá en efecto el 5 de junio con su vanguardia y parte de su cuerpo de batalla, mientras que Reynier, con el resto del ejército, que eran dos divisiones, transponía el puerto de Baños, bajaba al Tajo, y por medio del material enviado de Madrid preparaba en Almaraz el paso del río. El general Spéncer, que había quedado junto al Águeda con algunas tropas inglesas y portuguesas en ausencia de lord Wellington, el

cual había llevado bajo los muros de Badajoz tres divisiones, era incapaz de hacer frente al ejército francés, y ni siquiera pensó en ello. Replegóse, pues, á la vista de las avanzadas del mariscal Marmont, quien se pudo comunicar sin dificultad con Ciudad Rodrigo é introducir allí los pocos víveres que había llevado. Terminada esta operación felizmente, retrocedió el mariscal al punto y unióse al general Reynier junto al Tajo, sin que le detuvieran las objeciones del mariscal Bessieres, á cuyos ojos este movimiento del ejército de Portugal era prematuro, muy peligroso hasta para el Norte de la península, ínterin no entrara en Castilla una gran parte del cuerpo de reserva. A pesar de todo, el mariscal Marmont persistió en sus resoluciones y siguió su marcha hacia Extremadura.

Hora era de que asomara delante de Badajoz, porque esta plaza iba á sucumbir si no se acudía prestamente en su ayuda. Aun cuando el general Drouet con el noveno cuerpo, que recibió orden para trasladarse á Extremadura después de la batalla de Fuentes de Oñoro, se había incorporado al mariscal Soult, no contaba éste aún con tal refuerzo más de veinticinco mil hombres sobre las armas, y no se atrevía á aventurar un combate con el ejército inglés, que ascendía á lo menos á cuarenta mil soldados después de la llegada de lord Wellington con tres divisiones. Ni aun siquiera podía hacer llegar á los infelices sitiados la noticia de que iban á ser socorridos, hallándose muy bloqueados; pero éstos, resueltos á perecer con las armas en la mano, no querían ceder ni á las amenazas de asalto ni á los asaltos mismos, y antes que rendirse habían adoptado el partido de sepultarse bajo las ruinas de la plaza, asumiendo también á cuantos ingleses pudieran en ellas. Realmente en la guerra de asedios, tan fecunda para los franceses en hechos admirables, nada supera á la conducta de la guarnición de Badajoz durante los meses de abril, mayo y junio de 1811.

Después de sostener el primer asedio desde el 26 de abril al 16 de mayo, fecha de la batalla de Albuera, y de haber estorbado durante este tiempo con un fuego siempre superior los aproches del enemigo, que había perdido mil hombres sin lograr abrir brecha; después de haber sido embestidos nuevamente de resultas de la batalla de Albuera, sin haber podido recibir un hombre ni un saco de grano, esta valerosa guarnición fué asediada desde el 20 de mayo por un ejército de cuarenta mil hombres y atacada á muerte. Lamare, jefe del batallón de ingenieros, que dirigía los trabajos de defensa, cuidó de restaurar y de completar las obras del puente de Pardaleras, de cerrarlo por la gola, y de abrir galerías de minas delante de los frentes que eligieron los franceses al conquistar á Badajoz por punto de ataque.

Avisados los ingleses, no osaron impulsar sus esfuerzos por este lado, y los dirigieron hacia el Este contra el castillo y hacia el Norte contra el fuerte de San Cristóbal, situado, según se ha dicho, á la orilla derecha del Guadiana. Retenidas por una presa las aguas del Rivilas, fueron un poderoso medio de defensa para el castillo. Por desgracia se hallaba construido en una parte saliente del terreno y presentaba sus flancos al descubierta á la artillería inglesa. Batiéndolo ésta sin descanso con más de veinte bocas de fuego, había demolido sus almenas y su revestimiento exterior del todo; pero te-

niendo en aquella parte mucha consistencia las tierras, se había conservado el escarpe, y quitando escombros del pie de las brechas bajo un fuego continuo de metralla, granadas y bombas, las hicieron impracticables. Además, el comandante Serrate había levantado una trinchera interior detrás de la brecha y dispuesto en los flancos artillería cargada de metralla, mientras el general Philippón, apostado en este punto con sus mejores tropas, aguardaba á los asaltadores para recibirlos con las puntas de sus bayonetas. A vista de esto cambiaron de plan los ingleses y concentraron contra el fuerte de San Cristóbal toda su furia hacia el otro lado del Guadiana. Atacando este fuerte por el bastión de la derecha, abrieron allí dos anchas brechas y resolvieron asaltarlas antes de llevar sus aproches hasta el borde del foso. Ciento cincuenta hombres de infantería y algunos soldados de artillería y de ingenieros defendían á las órdenes del capitán Chaubin del 88.º el bastión amenazado. Después de limpiar de escombros los sitiados, á imitación de los del castillo, el pie de sus muros con singular arrojó, bajo el fuego de los contrarios, erizaron el fondo del foso con obstáculos de toda clase, dispusieron una línea de bombas en lo alto de cada brecha, asestaron sobre los flancos muchas bocas de fuego cargadas de metralla, y detrás colocaron una línea de granaderos cada uno con tres fusiles. Saliendo atrevidamente de sus trincheras setecientos ú ochocientos ingleses la noche del 6 de junio y atravesando algunos centenares de toesas al descubierto, avanzaron hasta el foso, viéronse obligados á saltar dentro, por no estar demolida la contraescarpa, y trataron de escalar la brecha; mas cogidos de frente por el fuego de la fusilería, y de flanco por el de la metralla, y rodando por entre sus pies las bombas, no pudieron vencer tantos obstáculos y se declararon en fuga, dejando en los fosos del fuerte de San Cristóbal trescientos hombres entre muertos y heridos.

Como la valerosa guarnición apenas tuvo más que cinco ó seis heridos, se hallaba entusiasmada y deseaba ardientemente la ocasión de empezar de nuevo. Llena de asombro estaba la población, cruelmente tratada por el fuego del enemigo, y habiendo casi acabado por adherirse á los franceses, cuyo triunfo podía únicamente salvarla de los horrores de la toma de la ciudad por asalto. Vengáronse los confusos é irritados ingleses abrumando los días siguientes á la población con proyectiles incendiarios y tratando de agrandar las brechas del fuerte de San Cristóbal con poderoso refuerzo de artillería. Efectivamente, el 9 de junio intentaron de nuevo y con igual bizarría asaltar las dos brechas. Doscientos hombres del 23.º las defendían á las órdenes del capitán Joudiön y el sargento de artillería Brette, y se tomaron las mismas precauciones para imposibilitar el acceso. A media noche se lanzaron los ingleses de sus trincheras á los fosos y escalaron los escombros de las murallas; pero derribándoles nuestros granaderos á fusilazos hasta el pie de las brechas, y cayendo en seguida á la bayoneta sobre ellos, hicieron una espantosa carnicería. Algunos centenares más de ingleses pagaron con la vida su tentativa infructuosa.

No había peligro que intimidase á esta guarnición exaltada. Por desgracia los víveres la iban faltando, se hallaba extenuada por la fatiga y las privaciones, y se temía que sucumbiera á la necesidad, ya que no á los

golpes del enemigo. Pero la aproximación de un ejército de socorro, de que no pudo tener noticia, fué conocida por lord Wéllington, siempre exactamente enterado de nuestros movimientos, y sabedor el 10 de junio de la marcha del general Reynier sobre el Tajo, resolvió levantar el sitio y comenzó á alejarse de la plaza. Una razón especial contribuía á que se doblara á tal sacrificio. Se le habían agotado las municiones de guerra que juntó en Elvas y necesitaba emplear sin demora todos sus medios de transporte para ir las á buscar á veinticinco leguas de distancia, es decir á Abrantes, principal depósito del ejército británico.

Muy despechado lord Wéllington de haber perdido inútilmente dos mil hombres de sus mejores tropas junto á Badajoz, y de haber salido mal dos veces delante de esta plaza, defendida por un puñado de franceses, levantó sucesivamente todos sus campamentos el 13 y 14 de junio, se retiró el 17 sobre el Caya, y fué á arriarse á las montañas de Portalegre en una posición defensiva bien elegida, como tenía costumbre de hacerlo delante de los impetuosos soldados franceses.

Viendo la valiente guarnición desaparecer los diversos campamentos del enemigo uno tras otro, sospechó lo que acontecía, y pronto supo con transportes de júbilo, en que la población tomó parte, que gracias á su denuedo y á los socorros que estaban á punto de llegarle, iba á salir vencedora de este segundo sitio como del primero. Efectivamente, el mariscal Marmont, después de perder algunos días junto al Tajo por la escasez de medios para cruzarlo, no habiéndosele podido enviar más que parte de lo que había pedido, atravesólo al fin, transpuso las montañas de Trujillo y entró en Mérida el 18 de junio, incorporándose el mariscal Soult el mismo día. Éste le dió gracias con mucha efusión por el socorro que le llevaba, y sin el cual hubiera pasado por la afrenta de ver cómo le quitaban á Badajoz, único y peligroso trofeo de dos años de guerra en Andalucía.

Contando los dos mariscales más de cincuenta mil hombres, entraron en Badajoz el 20 de junio, felicitaron á la heroica guarnición, que tan valerosamente había defendido la plaza fiada á su denuedo, distribuyeron recompensas, harto merecidas, y llevaron sus avanzadas hasta muy cerca de donde estaban los ingleses, que á la vista del ejército combinado, se encerraron cuidadosamente en su campamento. Si este hermoso ejército, que exceptuando el del mariscal Davout no tenía par en Europa, pues se componía de los veteranos de Austerlitz, de Jena, de Friedland, y á sus largas campañas acababa de añadir tres años de formidables pruebas en España; si este hermoso ejército, desgraciado únicamente por culpa de sus jefes, estuviera mandado no por dos mariscales, sino por uno, y éste fuera Massena, de seguro marchara en busca de los ingleses é hiciera expiar á lord Wéllington tantas victorias, debidas sin duda á su mérito indisputable, pero también á los errores y á las pasiones de sus contrarios. Mas dándose por venturoso el mariscal Soult con haberse librado del bochorno de que Badajoz cayera á su vista, no se hallaba dispuesta á arrostrar nuevos azares. Hacia su colega tenía el mariscal Marmont una incurable desconfianza (1), es-

(1) Las Memorias manuscritas del mariscal Marmont, destinadas á ver la luz pública algún día, darán sobre este punto pormenores que creemos inútil reproducir ahora. (N. del A.)

tando poco propicio á acometer en su compañía ninguna empresa. Por otra parte, consideraba la marcha que había ejecutado como un triunfo, y no lo quería comprometer exponiéndose á las contingencias de una batalla decisiva. Entonces no había en el ejército francés otro Massena, en quien la presencia del enemigo inflamase aquel ardiente patriotismo militar que lo hace olvidar todo para no pensar más que en morir ó aniquilar al adversario que se tiene delante.

De esta suerte los dos mariscales cometieron una de las faltas más graves de aquel tiempo, deteniéndose con cincuenta mil hombres delante de cuarenta mil enemigos, entre los cuales sólo veinticinco mil eran ingleses, no yendo á combatirlos. Algunos días permanecieron en las cercanías de Badajoz antes de cubrir las necesidades de la plaza, de reforzar la guarnición, de reparar las brechas abiertas en sus muros, de llenar los almacenes que habían quedado vacíos del todo. Notando el mariscal Marmont que el mariscal Soult no se ocupaba muy activamente en este último cuidado, dispuso que sus regimientos recolectasen el trigo ya maduro y lo llevaran á la plaza. Ya muchos habitantes se habían alejado de allí en la época del primer sitio; en vísperas del segundo imitaron otros su ejemplo: el temor de que se renovara hizo que otros más huyeran asimismo, y así la ciudad se halló desierta en mucha parte. No fuera este gran perjuicio si la parte de población allí permanente no figurara como la más pobre, la menos capaz de alimentarse y la más difícil de ser contenida. A mayor abundamiento, si el tercer sitio era probable, no estaba cercano según todas las verosimilitudes, y la guarnición, reforzada, tenía espacio para tomar sus precauciones y aprestarse á sostener una nueva prueba.

Pocos días había que estaban juntos los dos mariscales, cuando faltó poco para que hubiera una colisión entre ellos. Ya hacía tiempo que el mariscal Soult se hallaba ausente de Andalucía. Habiendo partido de Sevilla para venir á dar la batalla de la Albuera, obstinándose luego, y con razón, en mantenerse en posición en Llerena, desde donde consiguió atraer una concentración de fuerzas en Extremadura, hubiera querido circunscribir definitivamente el ejército de Portugal al círculo ordinario de sus operaciones, dejarle en custodia de Badajoz, descargarse así de esta parte difícil de su tarea y, finalmente, dedicarse con todas sus fuerzas al sitio de Cádiz, tan malamente abandonado por emprender el de Badajoz. Natural era este deseo, pero, colocándose en el punto de vista elevado del conjunto de las cosas, no era razonable, pues el ejército de Portugal tenía por residencia precisa á Salamanca, por conquista que conservar á Ciudad Rodrigo, por tarea esencial la defensa contra los ingleses de Castilla la Vieja, base de operaciones de todos los ejércitos franceses. Dentro de su órbita giraba, aunque en la extremidad de ella, cuando, siguiendo á los ingleses del Norte al Mediodía, llegó á disputarles la plaza de Badajoz; pero exigirle una residencia permanente en Extremadura, equivalía á hacer que descuidara lo principal de su tarea por lo accesorio. Con efecto, mientras custodiara á Badajoz y el mariscal Soult fuera contra Cádiz, no dejara lord Wéllington de caer sobre Ciudad Rodrigo (como lo hizo posteriormente de resultas de una falta harto semejante á la que se le aconsejaba en este mo-

mento) y cortara después, sin más que dirigirse á Valladolid, todas las comunicaciones de los franceses. Hay que añadir, que confinar al ejército de Portugal en torno de Badajoz, dejándole allí solo, era reducirle á la impotencia en que se halló el mariscal Soult dentro de Llerena y condenarle á la ignominia de ver á Badajoz caer en poder de los contrarios. Reducido á treinta mil hombres, como lo estaba actualmente, nada podía, y no tenía probabilidades de subir de este efectivo al de cuarenta ó cuarenta y cinco mil hombres, sino retrocediendo al Norte y poniéndose en aptitud de juntar sus enfermos, heridos y fatigados que dejó en Salamanca. No era, pues, justo ni razonable exigir que se fijase en Badajoz ó en sus cercanías.

Estrechado el mariscal Soult por las cartas que recibía de Sevilla, presentóse una mañana en el cuartel general del mariscal Marmont á comunicarle sus apuros y sus deseos, causándole gran sorpresa y excesiva desconfianza. Dejar al mariscal Marmont solo en Badajoz, era exponerle al peligro de que le asaltaran por todos lados cuarenta mil hombres, sin más que treinta mil que oponerles. Nada deseaba más ardientemente lord Wéllington, que aguardaba junto al Caya que uno de los dos mariscales se separara del otro para caerle encima. El mariscal Marmont, cuyo espíritu se hallaba muy prevenido contra el carácter de su colega, creyó ver en esta propuesta, además de una ingratitud inaudita, el deseo péfido de exponer al ejército de Portugal á un descalabro, y de resultas de este designio, supuesto muy gratuitamente, concibió un resentimiento profundo. Mucho exageraba los yerros de su colega, y como acontece á menudo, le atribuía cálculos que distaban de su mente. A la verdad, el mariscal Soult no pensaba ni por asomo en comprometer al ejército de Portugal, pues se comprometiera él mismo, sino que deseaba descargarse sobre él la parte más ingrata de su tarea, sucediera lo que sucediere, y en seguida dedicarse de lleno á cuidar de sus propios negocios. Respondióle el mariscal Marmont, con acritud extremada, que si quería alejarse personalmente, dejando en Badajoz el grueso del ejército de Andalucía, nada era más fácil, pues él quedaría para mandar los dos ejércitos reunidos, y que de lo contrario, partiría al punto y no volvería á las márgenes del Guadiana hasta que estuviera seguro de hallar allí fuerza bastante para que, reunida á la suya, pudiera batir á los ingleses. Después de decir esto al mariscal Soult, le escribió en términos secos y perentorios é hizo sus preparativos de marcha.

Ya que no permanecieran juntos los dos mariscales para batir á los ingleses, nada mejor podían efectuar que poner á Badajoz en estado respetable de defensa é ir después cada uno por su lado á ocuparse en sus deberes esenciales. Con efecto, la presencia del mariscal Soult en Andalucía era urgente de todo punto, y sólo pudiera excusarle de marchar allá sin demora una gran batalla ganada á los ingleses. También el Norte de la península exigía que el mariscal Marmont se aproximara hacia aquella parte. Por consecuencia de todo, el mariscal Soult salió de Badajoz el 27 de junio con lo más fuerte de su ejército para dirigirse á Sevilla, dejando sólo al general Drouet de Erlón con dos divisiones y alguna caballería para servir de cuerpo de observación en rededor de aquella plaza. Falta fué y no pequeña, pues este